



El día que rompí la magia

Dedicado a los amigos



Rompe las reglas y romperás la magia

**El día que rompí la magia
by Cleef Hanger**

Dedicado a J.R.Diaz y amigos.

Voy a contaros una vieja historia que terminó hace dos días. Mucho tiempo atrás, después de atender todos mis quehaceres, decidí ir a la librería. No fui a una librería cualquiera sino a una concreta, llamada librería Sapos y Culebras Soria.

Detrás del mostrador de dicha librería se encontraba, como siempre, el señor Soria. Un hombre de nariz accidentada, colgantes orejas a cada lado de su dorada cabeza y de escasas grasas sobre su osamenta.

El señor Soria no siempre había sido señor, hace mucho tiempo le llamaban señorita, pero eso a nadie le importaba. Todo el barrio estaba de acuerdo en que el señor Soria se había ganado ser señor por derecho. Y este hecho no era lo que hacía de la librería Soria un lugar peculiar.

La diferencia entre todas las librerías de la ciudad y la librería de Sapos y Culebras Soria radicaba en su olor. Si la puerta estaba cerrada nada la diferenciaba de las demás, tenía libros en los escaparates que podías encontrar en cualquier otra, los bestsellers delante como en todas las demás. Pero, al abrir la puerta, el olor abofeteaba tu cara.

Las cualidades de tal olor siempre eran distintas cada vez que la abrías. Los niños a menudo jugaban a abrir y cerrar la puerta sin llegar nunca a entrar. Si abrías la puerta sin educación el olor era rancio como un calcetín sudado. Si abrías con cuidado olía a violetas y jazmín que recordaba al atardecer de un buen día. Si al contrario habías cerrado la puerta tan fuerte que la dejaba temblando sobre sus bisagras, el próximo que abriera olería a pescado y huevos podridos, es decir, a un mal día.

Cuando abría yo la puerta de la librería Sapos y Culebras Soria, no olía a nada. Esto se debía a que ya desde que levantaba un palmo del suelo estuve aquejado de anosmia. Si desconoces qué es la anosmia solo necesitas saber que es la pérdida del olfato. Una ventaja si trabajas en una depuradora de aguas o en una granja de cerdos, me han dicho.

¿Por qué, entonces, iba yo a la librería del señor Soria que era peculiar por el olor de su tienda al abrir la puerta y que yo no podía oler? El motivo es sencillo: yo sé qué se esconde detrás de la cortina que hay al final de la tienda. Cuando entras a la librería solo se ven libros, un mostrador y al fondo una cortina sin un color particular ni apariencia llamativa. Aprendí que había detrás de la cortina del mismo modo que lo aprenderás tú hoy, alguien me lo contó, para mí ese alguien fue el propio señor Soria. Siendo yo un jovenzuelo me percate de la cortina y sin mostrar modales algunos, ni malos ni buenos, intenté ver que había detrás.

El señor Soria al ver mi curiosidad se acercó y abrió la cortina. Esa al fondo de la tienda al lado de los libros de suspense que pasa desapercibida por la mayoría de la clientela, pero que para los que sabemos qué hay detrás es la parte más importante de la librería.

Detrás de la cortina de la librería Sapos y Culebras Soria se esconde el secreto mejor guardado del señor Soria. Aunque, al cruzar al otro lado de la cortina lo primero que ve el osado que entra es una habitación normal con estanterías vacías, una mesa y gente sentada en las escasas sillas esparcidas por el suelo.

Si no conoces la utilidad de la habitación tras la cortina la falta de libros te llamará la atención. Siendo la tienda del señor Soria un emplazamiento de venta de libros, obviamente la función de esta habitación no puede ser la lectura. Las sillas, claramente son para que uses tus posaderas, no hay ningún misterio en ellas, ni siquiera en la que solo tiene tres patas. La mesa en cambio captará tu atención inmediatamente pero no por el trabajo del carpintero que le dio forma si no por lo que reposa sobre ella.

En la mesa de la habitación detrás de la cortina de la librería Sapos y Culebras Soria lo que nunca falta son pasteles. Los hay de todo tipo. Pastel de frambuesa, de fresa, de queso, zanahoria con azúcar de remolacha, de carne con nata, de kiwi con miel y cuscús, de moras con cabello de ángel. Los pasteles solo aparecen sobre la mesa a la hora de la merienda, que aquí es a las cuatro de la tarde y dura exactamente una hora, ni un minuto más. No se sirven con té ni con ninguna otra bebida. Tampoco hay tenedores o cucharas. Los que pueden cruzar la cortina de la librería Soria solo pueden probar los pasteles de la mesa si siguen una lista de condiciones:

- 1- No te lavarás los dientes después de la merienda.
- 2- Usarás las manos para merendar.
- 3- No usarás servilleta o manga para limpiar tu rostro.
- 4- No preguntarás los ingredientes ni la receta.
- 5- El jabón será tu enemigo durante la hora de la merienda.
- 6- Eructarás sonoramente o no lo harás.
- 7- No robarás un trozo de pastel del plato ajeno.
- 8- Compartirás el olor de tu pastel con los demás.
- 9- Saldrás al otro lado de la cortina para la expulsión de gases de cualquier tipo.
- 10- Si rompes la magia tendrás que arreglarla.

Entre los que acudíamos a las Meriendas de Soria había muchas teorías sobre que pasaba si cumplías la décima condición. La mayoría pensaban que la magia al ser una ilusión y por tanto no ser factible ni tangible carecía de las características necesarias para su rotura. Cuatro pensaban que la magia podía romperse si la ilusión se revelaba como algo tangible pero que una vez rota no se podía arreglar. Uno pensaba que la magia se podía romper si la ilusión desaparecía y que la única forma de arreglar una magia quebrada es restaurando la ilusión o creando una nueva. También existía el rumor de que la magia para empezar, no había existido nunca y, como lo que no existe no se puede arreglar, la décima condición no se podía cumplir jamás.

Yo era de la opinión de que era feliz con mi trozo de pastel de la hora de la merienda.

Esa tarde, como todas las anteriores, todos los presentes discutían sobre la eventualidad de que un día una de las reglas fuera transgredida sin ser advertida y cuales serían las consecuencias. Los cuatro que pensaban que la magia era una ilusión afirmaban que la primera norma en romperse sería la séptima ya que al incumplirla se dejaría paso en la sala a la parte de la naturaleza humana culpable de apartar la venda de los ojos que crea la ilusión de un mundo sin maldad rompiendo así la magia de la inocencia infantil intrínseca del hombre. Uno pensaba que la primera regla infringida que rompería la magia sería la cuarta ya que conocer la receta del pastel sería como ver los hilos que no han sido borrados durante la producción CGI de una película. La mayoría discutía que el día en que una de las reglas se traspasara sería el día en que se descubriría el ingenio detrás de los pasteles y sería algo tan simple y cotidiano que el efecto en el intelecto de los espectadores ahí reunidos sería la confirmación de que la magia es inexistente y, ya que la falta de existencia de la magia era algo que ya conocían al entrar en la sala, sería irrelevante.

Mi opinión era que la magia se rompería cuando se dieran cuenta que el truco estaba en la cortina.

Cuando la hora de la merienda de ese día ya se acababa los comensales allí reunidos decidieron poner a prueba todas las normas de la habitación de detrás de la cortina al fondo de la librería Sapos y Culebras Soria. Las primeras en ponerse a prueba fueron las gaseosas. La mayoría eructo sonoramente haciendo temblar las estanterías vacías. Después los cuatro cantaron un cuarteto de pandereta al otro lado de la cortina. Uno puso a prueba las reglas tres y dos simultáneamente dejando su rostro repleto de chocolate, miel y trozos de kiwi. Todos comieron de sus platos sin robar al de al lado y no usaron jabón al ir al baño.

Con todas las miradas fijadas en sus platos se dispusieron a cumplir la regla número ocho: compartirás el olor de tu pastel con los demás. Los platos fueron de mano en mano entre los presentes y cada cual absorbía a su manera el aroma del pastel que se plantaba delante de sus narices. Unos se recreaban, otros eran ruidosos y uno era escueto en su inspiración. En mi turno yo respiraba encima del pastel apoltronado entre sendas manos y cuando en mi parecer ya había pasado un tiempo razonable para haber disfrutado del olor de este, lo pasaba al siguiente.

Cuando todas las reglas fueron puestas a prueba y el tiempo de la merienda ya acababa, la falta de consecuencias llevo a todos los participantes a la conclusión de que la décima condición no se había incumplido. Mientras todos los demás recogían sus chaquetas y enseres para volver a sus casas convencidos de que la magia no se había roto ya fuese por su inexistencia o no, yo recogí los platos preguntándome dónde pasarían la hora de la merienda del día siguiente si en voz alta contase que la anosmia no me permitía aceptar el olor de sus pasteles cuando estos los compartían. Pero mi mayor duda en aquel momento fue en que pensaba el señor Soria cuando, sabiendo las normas de la sala ya que el mismo las había puesto, decidió que aunque mi

condición no le era desconocida era un candidato perfecto para cruzar al otro lado de la cortina y formar parte de ese extraño grupo variopinto que se reunía todas las tardes para tomar pasteles en la hora de la merienda.

Al día siguiente habiendo terminado mis quehaceres antes de lo habitual, me dirigí a la librería antes de la hora de comer para hacer algo que nunca había echo antes en Sapos y Culebras Soria. Comprar un libro y leerlo.

Nunca había entrado en la tienda si no era la hora de la merienda así que no pude evitar observar los cambios que se producían en esta al verla tan temprano. Para empezar dónde debía estar la cortina había una puerta con un cartel que decía "Outlet". Entre los pasillos de libros había clientes ojeando entre sus páginas que, al contrario que los de la tarde, si tenían intención de comprar. Detrás del mostrador, una joven de áureos cabellos y piel oliva dónde normalmente encontrarías al señor Soria.

Busqué entre las columnas de libros pero la falta de costumbre hizo que me invadiera la duda. ¿Debía comprar este libro o este otro? Como no podía decidirme me acerqué al mostrador dónde la chica de ojos castaños cobraba al primero de la cola de clientes. Cuando llegó mi turno noté un aire familiar al que no di importancia y pregunte a la joven de voz melosa qué libro debería escoger. La chica se decanto por el más escaso en espesor diciendo que si no estaba acostumbrado a leer era mejor que empezara por algo de peso ligero. Una vez pagado el libro y aun extraño de no ver al señor Soria, pregunté a la nariz más bella que había visto en esa librería sobre el paradero del librero. Su respuesta lejos de ser sorprendente o asombrosa fue:

- El señor Soria está en su trabajo de las mañanas.

Extrañado por no haber oído nunca del segundo trabajo de Soria el librero inquirí a la joven para sonsacarle más detalles descubriendo así que, según la joven, el señor Soria por las mañanas había sido dentista.

Como los clientes se apilaban detrás de mí con un raro caso de tos seca multitudinaria, estimé que sería mejor volver otro día por la mañana para descubrir la otra cara del señor Soria que por las tardes no se mostraba en la hora de la merienda.

Poco sabía yo entonces lo que en realidad había sucedido al pasar por la librería no por la tarde si no por la mañana bien temprano. Un acto tan sencillo y común que en poco tiempo me llevó a dejar de cuestionar sobre el paradero del señor Soria a preguntar sobre el pensamiento de la mujer del mostrador.

Un acto, como te cuento, ni sorprendente ni extraordinario. Pero que desencadenó en tan poco tiempo una reacción similar a la del péndulo de Newton llevándome a sorprenderme a mí mismo una mañana bien temprano preparándome, con prisa, delante del espejo para acudir a la cita de todas las mañanas con la chica de la librería Soria pero a diferencia de las anteriores, esta vez iría con corbata.

Acudí a la cita como todos los días antes de la hora de comer, justo al final del turno de la chica de la librería cuando los clientes tempraneros ya se apresuraban por volver a sus deberes diarios. En cuanto salió el último entre yo, abriendo la puerta de tal manera que si pudiese oler habría oído a rosas y fanfarrias. Me apreté el nudo de la corbata, me aseguré de que todos los cabellos rebeldes estaban en su sitio una vez más y puse en marcha el plan para el que venía preparado esta vez. Cuando me doble sobre una rodilla la librera se rió dejándome confuso y creyendo que mi plan cuidadosamente elaborado había fallado por un instante. Una sensación que bien podría haber durado una eternidad si las siguientes palabras de sonido masculino no hubiesen salido de los labios de la joven entre risas:

- Tienes un trozo de acelga entre los dientes.

Entre las risas conseguí encontrar un reflejo de mi mismo con el que poder arreglar el error mañanero de no haberme cepillado los dientes y que por poco consigue romper la magia de mi plan. Por suerte pude arreglar el quebranto rápidamente y llevar acabo mi plan sin que mi error llevara a la cabeza de cabellos áureos, nariz accidentada, colgantes orejas y ojos pardos , a pensar que mis intenciones eran cualquier otra cosa menos honestas.

La respuesta fue si y volvió a serlo meses después durante la ceremonia entre amigos y otros invitados. Durante el reparto del pastel la mayoría, los cuatro y uno inquirieron e insistieron en que revelara el secreto de la magia de la sala detrás de la cortina de la librería Sapos y Culebras Soria. A lo que respondí que en la magia lo importante no es descubrir el truco si no el mago.

Así fue como me convertí en el señor Soria aunque no siempre había sido señor. Todo el barrio esta en que si no te cepillas los dientes llegará el día en que romperás la magia, que solo el librero sabe como arreglar la magia y que los señores Soria se ganaron ser señores por derecho. Y a todo el que no es del barrio piensa lo contrario le dicen:

- Si algo hace peculiar a la librería Sapos y Culebras Soria es la cortina al fondo de la tienda.

